

herme colmado de indecibles beneficios, lo haya despreciado, y lo desprecie todavía? ¿Quién creyera que cuando el me da la vida para que lo sirva, la emplease yo en ofensa de su augusta Magestad? Pero ¡Ah! basta ya de pecar, y ser ingrato á mi Dios. Reyna de mi alma, no me desampares, y haced que yo consiga lo que deseo alcanzar, que es principalmente la total reforma de mi vida. Amen.

MEDITACION PARA EL

tercero dia.



ALMA católica, redimida con la misma Sangre de Jesucristo, aunque tu corazón sea de bronce, prepara para este día los suspiros y las lágrimas: *considera cuanto padece el Unigénito del Padre*; y de este modo veras lo acervo del dolor que sufre la dolorida Madre, con concepto á *esta tercera circunstancia*, que agrava sus angustias. ¿Quién creyera, alma mía, que Jesucristo, aquel libertador prometido tantos siglos hace, anunciado con tan magníficos preparativos, figurado con tan-

bundancia de la sangre que corre sobre

31.

tas sombras y ceremonias, representado por todos los justos de la ley, la esperanza de Jerusalem, la alegría del cielo, la salud y remedio del mundo, y el mas hermoso entre todos los hijos de los hombres, llegase al mayor extremo del tormento, y del padecimiento. Angeles del cielo, espíritus seráficos, que estáticos habeis contemplado todo el esplendor de la gloria del Unigénito: Profetas ilustrados, que visteis salir del seno del Padre á este bastago de David: astros brillantes, planetas luminosos, que al imperio de su voz caminais de noche y dia: rios y fuentes que á todas horas correis apresurados al centro de donde salisteis, yo os pido en esta ocasion vuestro asombro, vuestra admiracion, vuestro horror y vuestras aguas, para que mis ojos se bañen de lágrimas á vista del mas triste espectáculo que se encuentra en los fastos de la historia. Porque que es lo que veo? ¡ah! ¡que dolor! Yo encuentro á la mas amable Madre, penetrada del mas justo sentimiento á vista de los tormentos de su hermoso Hijo. Sí, alma mía: Maria ve á Jesus penetrado de padecimientos

y dolores por todas partes ¡Ah! ¡que pena! Ella *mira el cuerpo del salvador*, y ve que éste era blanco, rubio y escogido entre millares; que su cabeza era mejor que el oro mas rico, y sus cabellos mas largos que los de la palma; pero ve trastornada toda su estructura, á esfuerzos de la crueldad de sus enemigos: ve á su Hijo, segun la espresion de Jeremias, hecho un vil gusano de la tierra, llagado por todas partes, y que en él no se encuentra sanidad, aunque se le registre desde la planta del pie, hasta la estremidad de la cabeza; despedazadas sus espaldas con los crueles azotes; arrojado al suelo por la violencia de un brazo sacrilego; atravesadas sus divinas sienes con las agudas espinas; traspasado su corazon con la atroz lanza; ataladradas sus divinas manos y pies con los agudos clavos, y desencajadas todas sus coyunturas: ella lo mira. ¡Ah! ¡que áncia! Hecho el oprobio de los hombres, la mofa de los verdugos, el blanco de sus enemigos, y la irrision de sus sangrientos perseguidores. Ultimamente, ella lo reconoce. ¡Ah! ¡que dolor! en una cruz afrentosa, pendien-

bundancia de la sangre que corre sobre

te de tres clavos, bañado en sangre, pálido el semblante, desnudas sus carnes, y muerto por el hombre. ¡Oh! qué lamentable situacion! Esta es la que escita á su amable Madre, adornada de un corazon naturalmente tierno, al mas cruel sentimiento, y consumada angustia: pero aun se aumenta esta, cuando atiende á los padecimientos de su divino espíritu: María ve al dulce fruto de sus entrañas entregado á la mayor afliccion de espíritu; tormento que tanto excede á lo que padecia en el cuerpo, quanto es mas noble la sustancia espiritual que la corporea. Si, alma mia; esta dolorida Reyna, conoce que su Hijo se affige en extremo, al ver la ingratitud del hombre á sus beneficios, la obstinacion de sus contrarios, el desprecio con que le tratan, las burlas con que le insultan y otros motivos semejantes, dignos de conmovier á dolor el tierno corazon del Salvador; pero sobre todo, veia la Señora, que la mayor afliccion de Jesus, consistia en que éste reconocia ser en la presente ocasion, la deshonorá de su Madre, el cuchillo de su dolor, la causa de su tormento, y que era preciso dejar

la vida, y con ella, la amable compañía de esta inocente paloma, y afligida *Sunamitis*. ¡Ah! en estas circunstancias prorumpiría la Divina *Agar* con estas ó semejantes expresiones: Dios eterno y poderoso, mira la aflicción en que inictúa tu mismo *Unigénito*, al golpe de tanto padecer; y pues me ves anegada en este mar de amarguras, acude pronto a mi remedio, pues de otra suerte, se gloriarán tus inícos contrarios de destruir con un golpe al Hijo y a la Madre.

REFLECSIONES Y AFECTOS.

A Y Señora de mi corazón! ¿qué es lo que estoy practicando? ¿Es posible, que mi degue dad ha llegado á tal extremo, que tenga valor para ofender á quien tanto padece, solo para hacerme dichoso? Mi *Jesus* cubierto de oprobios, y yo corriendo ciego tras la pompa y vanidad del Mundo! ¡Su cabeza traspasada de espinas, y la mia llena de pensamientos torpes y sucios! ¡Sus ojos ciegos por la a-

bundancia de la sangre que corre sobre ellos, y los míos abiertos, para ver siempre los objetos prohibidos! ¡Su pecho atravesado a la violencia de una cruel lanzada, y mi corazón dispuesto á todas horas para concebir el mal, y parir la iniquidad! ¡Sus pies y manos rasgados con los agudos clavos, y los míos corriendo á rienda suelta por las sendas de la injusticia! ¡Sus sagradas espaldas hechas una llaga viva, por la multitud de los azotes, y yo aumentandolos con la repetición de mis enormes culpas! ¡Ah! ¡que locura es la mia! ¡Como no me lleno de horror, cuando hallo tanta desigualdad entre el Cuerpo sagrado de *Jesus*, y el mio corrompido? ¡Hasta cuando ha de durar mi obstinación? ¡Hasta cuando he de ser ingrato á tanto amor? ¡Ah! basta ya de pecar, Reyna de mi alma: dirige mis potencias y sentidos, apartalos de la iniquidad; pues la conversión á mi Dios hoy ha de ser.

RECONVENCION DE MARIA SANTISIMA.

HIJO mio, ¿Quien creyera de tí que vivieras tan ciego, ofendiendo á mi amable Hijo, después de conocer lo mucho que por tí ha padecido? Dime ingrato, ¿que ha podido hacer mi Jesus en tu favor, que no lo haya practicado? Ha venido del cielo á la infame tierra, que no le conoció, para buscarte, llamarte, llevarte sobre sus espaldas, hasta colocarte en el redil de sus escogidos: ¿y tendras valor para irte todavía huyendo de mi Hijo, volviéndole las espaldas, y despreciando sus caricias, con las que te convida amoroso? ¿Hasta cuando durará tu obstinacion? Con mas de cinco mil azotes que le haz dado en una columna, por tus repetidas culpas, ¿no estas contento, que cada dia le quieres azotar con nuevas torpezas? ¿Hasta cuando seras ingrato á tu Dios! ¿No te basta ya con haber crucificado al mismo Señor, que puesto en la cruz, pidió perdon por tí á su Eterno Padre, y te ruega no peques mas? ¿Has de ser mas

cruel que las fieras, para volverlo á crucificar? Hasta cuando te olvidarás de su Pasion, continuando en tus placeres! No pecador, no seas tan cruel para mi Jesus, vuélvete á mi Hijo, que yo intercederé para que borre tus pecados, y te reciba amoroso: arrepientete de una vez, y sea ahora mismo, pues como por favor te lo pido, en medio de mis angustias.

RESPUESTA DEL PECADOR.

O Virgen dolorosa! ¿que quereis hacer de mí? Yo soy el traydor que puso á vuestro Hijo en el lamentable estado que lo he considerado. ¡Ah! ¿que dolor! Yo me asombro, ¿como los Angeles, zeladores del honor de mi Jesus, no tomaron venganza de mi ingratitud? ¿Como los demonios, ministros de su justicia, no me arrebataron y llevaron consigo al infierno, habiendo llevado á otros, por ventura con menos y menores pecados que los míos? ¿Que haces, alma mia? ¿como sientes tan poco haber ofendido a un Dios tan bue-

no? ¿Como no temes los crueles castigos con que ha castigado á otros menos criminales que yo? ¿A qué aguardo? No veo ya la espada de la divina justicia, desembaynada sobre mi cabeza, para castigarme? ¿No veo á otros muchos, que por obstinados arden ya en las devoradas llamas? ¡Ah! yo conozco, Madre de mi alma, que soy digno de mil infiernos, el mayor pecador, y el mas tirano idólatra de mis pasiones: yo veo que soy mas delincuente que Judas, y mas criminal que Lucifer; pero ¿que haré? ¿desesperaré de mi remedio? De ningún modo: á vos acudo pastora divina: dulce Madre recibidme amorosa, y reconciliarme con tu amable Hijo; pues esta es la gracia que con particularidad pido, y deseo conseguir en estos dias. Amen

MEDITACION PARA EL
cuarto dia.

ALMIA mia! ¿Hasta cuando seras insensible á las impresiones de la gra

CUARTA RECONVENCION DE

María Santísima

cia, que te dan á conocer los Dolores de María Santísima, para que compadeciéndola, procures aliviarla, por medio de tu reconciliacion á la amistad de Jesucristo? Considérala en este dia, sus ojos bañados en lágrimas, y su corazon anegado en penas, viéndolo a su dulce Hijo *padecer en el mismo lugar en donde tanto bien, y tantas mercedes habia dispensado*: que es la *cuarta circunstancia* del dolor que agrava su indecible padecer. Si nuestro amable Salvador hubiera padecido entre gentes que no le conocieran, que no hubieran visto sus maravillas y prodigios, ni experimentado en sí las dulces influencias de su amor para con la criatura, no hubiera sentido la dulce María, con tanta vehemencia, sus indecibles tormentos: pero que padezca el Señor entre sus mismos beneficiados, no lo puede tolerar. María exclama en el mayor éxtasis de admiracion: ¡Ingrata Jerusalén! ¿en que te ha ofendido el Unigénito del Padre, para que tú misma le prepares la mas vergonzosa muerte? Este, durante toda su vida, solo se ha empleado en restituirsela á tus muertos, en curar tus enfermos, remediar tus nece-

no? ¿Como no temes los crueles castigos
que te mereces por haber despreciado a otros menes aními

40.

des, dando vista á los ciegos, habla á los mudos y pies á los tullidos; y todo para confirmar su infalible doctrina, por medio de su absoluto imperio sobre la naturaleza y sobre la gracia: ¡Judea ingrata! ¡Galiléa infiel! ¿en que te ofendieron los ojos ya apagados de mi Hijo, que solo se ocupáron en mirar tus miserias, para colmarte de favores? ¿En qué su rostro Divino escupido y abofeteado, que era en otro tiempo el motivo de vuestros consuelos? ¿En qué, esos brazos y pies clavados en la cruz, que solo sirvieron, para levantarte de tus culpas, y correr tras de tí, á la manera que un amoroso pastor camina tras de la descarriada oveja, hasta que la encuentra y vuelve a su redil, cargándola sobre sus amorosos hombros, para que no se canse? ¿Así le pagas sus favores, y el amor que te ha tenido? ¿quien creyera, que por esas mismas calles, donde pocos dias ha, lo aclamasteis por Rey, tendiéndole vuestras vestiduras, y recibiendoie con palmas y olivas, ahora, dentro de tan breve tiempo, se haya mudado la escena, y lo hayais conducido cual otro Isaac con la leña en los hombros al lugar del sacrificio? ¿Je-

CUARTA RECONVENCION DE

María Santísima

41.

rusalén ingrata! sobre tí rugirán ya los leones, para despedazarte; se verán tus campos desolados, y tus casas desiertas, sin que quede piedra sobre piedra, de una ciudad, que así ha correspondido al amor de mi Hijo. ¡Ah! yo no puedo ménos, que desafiar a todos los habitantes del mundo, á que cotejen sus dolores con los míos, y reconozcan en cuanto les exceden mis amarguras y penas.

REFLECSIONES Y AFECTOS.

A Y Señora de mi corazón! cesa de prorrumpir en esas tus justas quejas contra los lugares infames donde padece tu Hijo; porque yo me confundo, cuando comprehendo, que lo mismo estais diciendo a mi corazón, cuerpo y potencias, en donde tantas veces por mis pasiones he vuelto a crucificar á mi Jesús. Sí, Madre de mi alma: yo lo crucifiqué en mis ojos, con mis miradas impuras; en mis oídos, franqueándolos a las palabras halagueñas y torpes, en mi boca, regalando mi paladar con la

no? ¿Como no temes los crueles castigos
que te mereces por tus pecados?

42.

embriaguez y gula; en mis manos, con mis obras de iniquidad; en mi corazon, dando en el entrada á los deseos depravados, y á los ídolos de carne; y lo crucifiqué en todo mi cuerpo, sacrificandolo á los deleytes y sensualidad. Yo lo he crucificado en mi memoria, acordandome y complaciéndome en los objetos prohibidos: en mi voluntad, aborreciendo al próximo, y amando á la criatura, con desprecio de su Magestad: en mi entendimiento, proyectando los medios de ofenderle, mas y mas: en una palabra, le he ofendido en mi cuerpo y en mi alma, en los que me ha hecho infinidad de gracias y beneficios, para que lo amase, pero basta ya de ser ingrato á tu buen Padre; yo hare que en adelante reyne Jesucristo en todas mis potencias y sentidos; y pues en esto depende el alivio de los dolores de tan amable y dolorida Madre y Señora, ya me resuelvo á dejar el pecado, roformar mi vida y buscar á mi Dios; pero tan generosa resolucion no la dilato; y así mi conversion hoy ha de ser.




CUARTA RECONVENCION DE
María Santisima.

Hijo mio, ¿qué haces? ¿cómo estás tan insensible, conociendo lo terrible de mis Dolores, al ver, que mi amable hijo se halla en la mas lamentable situacion, en el mismo lugar que tantos beneficios, prodigios y maravillas habia practicado? ¿Será posible que esto no te mueve á amarle, y á detestar sus ofensas? ¿No temes a su justicia, con la que no deja pasar delito alguno sin su debido castigo? ¿Has de ser tan atrevido, que como si no hubiera Dios, ni Juez para tí vivas sin temor, sin ley y sin razon? ¿En ese estado de pecado á qué aguardas? ¿como siendo mi Hijo tan misericordioso, que te perdonará con la mayor facilidad, has de ser tu tan cruel para con él, que quieras que en todo haga tu voluntad, y tú en nada te conformes con la suya? ¡qué desatino! ¿cómo siendo mi Hijo la misma riqueza é infinito tesoro de bienes, tú, miserab'le, le has dejado por cosas viles y bajas? ¡Ah! ¡cuan poco le apre-

cias! Di, ingrato, ¿que cuenta le darás de esa tu vida? Dime, para tu confusion, ¿quién ha sido mi Hijo para tí, y quién tu para con él? Desde *ab eterno* te amó, y puso en tí sus hermosos ojos, dándose mil trazas para colmarte de beneficios, y lo que es mas, para salvarte; pero tú las has deshecho todas, ofendiéndole obstinado, y poniendo todos los medios para condenarte. ¡Ah! ¿es posible, que así le correspondas! No no continúes en esa insensibilidad: vuélvete á mi Hijo, que yo seré tu abogada, para alcanzarte el perdon, y reconciliarte á su amor: alivia ya mis Dolores, por medio de tu arrepentimiento, y yo te haré eternamente dichoso.

RESPUESTA DEL PECADOR.

 Y Madre de mi alma! ¿como puede ser que yo continúe sumergido en el abismo de mis culpas, padeciendo tú tanto, para que me convierta? Justo es ya, dulcísima María, que mis ojos nunca se enjüguen, y que ya esten siempre bañados

en lágrimas de penitencia, pues ofendí al mejor de los Padres. No merezco levantar mi vista al cielo, sino decir penetrado de amargura: ¿hasta cuando, Madre de misericordias, la tendreis de este infame pecador? Tarde he conocido á mi Dios; pero no obstante, ya lo busco con verdadero arrepentimiento; ya como hijo prodigo, reconozco mi pecado, y pido perdon con mi corazon contrito: ya veo dolorosísima Virgen María, que merezco mil infinitos, mis pecados me acusan, mi ingratitude, me reprehende, mi indiferencia, me arguye, y las mismas potestades del abismo, piden justicia contra mí. Pero haced, Señora, que mi dulce Padre, solo oiga las voces tiernas de su preciosa Sangre, y tus dulces ruegos, que piden a mi favor misericordia: inflamad ya este mi ingrato corazon, para que deteste el pecado, y ame á mi Dios; por cuyo medio alivie tus Dolores, pues esta es la gracia que especialmente te pido, en este santo Ejercicio. Amen.



MEDITACION PARA EL
quinto dia.

ALMIA mia! ¿es posible que todavía no te hayas movido ni excitado á compasion, á vista de las varias circunstancias que has considerado, y fueron causa de los Dolores de la dulce Maria! Si así es, entra este dia dentro de tí misma; considera *la quinta causa de las angustias de tu amable Madre, que fué el modo ó desamparo con que padece el Salvador*, y no podras menos, que acompañarla en sus lágrimas. Porque á la verdad ¡que ansias no causaria en la affligida alma de la Señora el ver á su Hijo en tan crueles tormentos, y sin haber alguno, que le ayudase á sentir! Todos sus Discipulos le habian abandonado: Pedro le habia negado, y Judas le habia vendido: los Judios le blasfemaban, los sacerdotes le escarnecian, y los verdugos solo servian para acresentarle los martirios: hasta los cielos se le obscurecieron, el sol se eclipsó por su tristeza, la luna se bañó en sangre por su dolor, y aun los mismos

á mis amorosas reconvenciones; ¿por qué no tente tu ilusion, que nada te mueve ha-

Argeles cubrian su rostro con amargo llanto, por ver morir al Autor de la vida: pero ¡qué mucho, que las criaturas lo abandonasen; si hasta su mismo Padre le desamparó y entregó á las aras del furor para que satisfaciese por el hombre reo y criminal! ¡Ah! ¡qué triste desamparo! este aumentaba el padecer de Maria, y en el mayor éxtasis de su dolor, la obligaba á exclamar: cuando mi amable Hijo caminaba por la Judea y Galiléa, siempre lo acompañaban numerosas turbas, en seguimiento de la dulzura de su trato y amable doctrina; pero ahora, todos lo han abandonado: lo seguian los ciegos, á quienes dió vista; los cojos, á quienes dió pies; los enfermos, á quienes restituyo la salud, y aun los muertos, que de su liberal mano habian recibido la vida; abandonando los horrores del sepulcro; pero ya nadie se acuerda de estos favores, para mostrarse agradecido, y acompañarlo en el triste patíbulo en que se ve para desagruar la divina justicia. ¡Ah! ¡ingratitude de los hombres! ¡el Justo padece, y no hay quien lo asista en su dolencia! ¡Este es, Hijo de mis entrañas (de-

REFLEXION PARA EL
quinto dia

48:

cia la amable Madre de Jesus,) el pago que te dan tus criaturas? Tu compañía en esta hora, solo son tus enemigos, y yo que me reconozco por tu mas cruel verdugo, pues sé que me amas, y que por lo tanto solo puedo servir, para aumentar tu dolor, así como tu vista y desamparo le sirven á mi amor, para sentir mas, y padecer mas por su dulce amado: si, alma mia, así exclamaba esta dolorida Reyna, y arrebatada en los mas compasivos trasportes del sentimiento, llena de penas, bañada en rios de lagrimas, y penetrada de los dolores del mismo infierno, proseguia en estas tiernas espresiones del Real Profeta: Dios omnipotente, y Señor de mi alma: ya que habeis abandonado á vuestro Hijo, no me desampareis á mí: mi corazon ha desfallecido, porque toda Yo no soy, sino la misma amargura, y el blanco de los mas crueles padecimientos:



á mis amorosas reconvenciones; ¿por qué
no tente tu ilusion, que nada te mueve ha-

49.

REFLEXIONES Y AFECTOS.

MADRE de mi alma, cesa de lamentar el triste desamparo de tu Hijo Jesus; y pon tus hermosos ojos sobre mí, para llorar con la mayor ternura el triste desamparo en que me encuentro, por medio de mis culpas. Si, Madre amada: yo, en castigo de haber abandonado á tu amable Hijo, me hallo desamparado de todos los dones del Espíritu Divino, privado de todas las gracias y ausilios, que me pudieron conservar en su dulce amistad: inutilizados todos los méritos que habia contraido, durante el feliz tiempo que viví en su servicio; y sobre todo, lo que motiva mi mayor amargura, es, que mi amante Dios, y amoroso Hijo tuyo, se ha ausentado de mi corazon, y apartado de mi alma, desde el desgraciado instante, en que lo arrojé por seguir la maldad, y depositar en mi pecho á un idolo de carne. ¿Puede darse, Madre de mi alma, otro estado mas lamentable, que el desamparo que padezco? Despues que he perdido á mi Dios, y sus gracias, ¿qué me tengo que

MEDITACION PARA EL

50.

pérdar? Acórdos, pues, que en el árbol de la cruz, en las mismas circunstancias en que mi amable Jesus se hallaba desamparado de todos, se acordó del desamparo de los pecadores y te los recomendó, para que tu misma fueses nuestro refugio y consuelo; constituyéndonos tus hijos en persona de San Juan. Ea, pues, cumplid con este encargo de tu dolorido Hijo, no me desamparéis, ayúdame, fortaléceme, para desarraigat mis vicios, que tanto dominio han tomado en mi corazón: interceded por mí al Dios omnipotente, á fin de que me dé una generosa resolución, para levantarme a la vida de la gracia, de este sueño profundo de la culpa. Ea, Madre de mi alma, compadeceos de mí, pues ya estoy resuelto á acompañar á Jesus, por medio de mi conversión, que por mi parte, prometo, que hoy ha de ser.

QUINTA RECONVENCION
de María Santísima.



ALMA ingrata! que ya no merece otro nombre, quien tanto se resiste

á mis amorosas reconvenciones; ¿por qué es tanta tu ilusion, que nada te mueve para amar á mi Hijo? ¿quién creyera de tí que siendo racional, cuando todos le desamparan, fueras tan cruel, que siguieses las sendas y el mal ejemplo de los ingratos? ¿Mi Hijo ha de ser tan bueno para tí que todos los dias te haga mil mercedes, ¿y tu has de ser tan malo para él, que cada instante le ofendas? ¡Ah! El emplea su grandeza y magestad en realzarte y protegerte, ¿y tú empleas tus fuerzas en pecar y en ofenderle! El ha criado los cielos, la tierra y todas las criaturas, para que te acompañen y sirvan, ¿y tú, abusando de ellas, lo desamparas, y te armas contra mi Jesus, por medio de tus pecados, para pervertirlo todo, y enojarlo? ¡Ah! ¡qué mayor atrevimiento! ¡El es alabado ahora, y acompañado en su gloria de todos los Santos, y de todas las criaturas: ¿y es posible, que solo de tí ha de ser despreciado, blasfemado y vituperado! Dime ¿qué mereces por esta ingratitud? Si lo dejaras como los discipulos, en el tiempo de su pasion, no me fuera tan sensible, pues entonces se hallaba